UNIVERSIDAD DE NAVARRA

DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura del
Grado de Doctor «Honoris Causa» de los Profesores

GUILHERME BRAGA DA CRUZ, COIMBRA

WILLY ONCLIN, LOVAINA

RALPH M. HOWER, HARVARD

OTTO B. ROEGELE, MUNICH

JEAN ROCHE, PARIS

CARLOS JIMENEZ DIAZ (*), MADRID

PAMPLONA, 7 de octubre, 1967

*Discurso del Gran Canciller, Excmo. y Rvdmo.
Mons. D. Josemaría Escrivá de Balaguer.*

Excelentísimos Señores,
Dignísimas Autoridades,
Ilustre Claustro de esta Universidad,
Señoras y Señores:

“Luminosa e inmarcesible es la Sabiduría; fácil es de contemplar para quienes la aman y de descubrir por aquellos que la buscan” (Sap. VI, 13). Estas inspiradas palabras, que leemos en la Sagrada Escritura, brillan con todo el sentido de su perenne actualidad, en la hora gozosa que vive hoy la Universidad de Navarra.

Nos hemos reunido en solemne sesión para recibir en el Claustro de Doctores a unos Maestros de otras ilustres Universidades, que desde ahora son también parte integrante de nuestra Universidad. En vosotros, Excelentísimos Señores, vemos hecho realidad el ideal humano que suscita el elogio de la Sabiduría divina. Sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas, pero además la tradición cultural del Cristianismo, que transmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu.

Hemos escuchado todos con la mayor complacencia la alabanza académica de los nuevos Doctores, la relación de los méritos que proclaman cuánta justicia hay en esta distinción que la Universidad de Navarra se honra en otorgarles. Pero quisiera todavía decir unas palabras, que expresaran la sincera admiración y el aprecio que esta Universidad les profesa y el afecto cordial que yo mismo personalmente siento por cada uno de ellos. Concededme, pues, Señores, vuestra atención durante unos momentos.

En el Profesor Jean Roche se realiza armoniosamente esa síntesis feliz del hombre de ciencia y del maestro, a la que acabo de aludir. Su fama universal, por sus investigaciones en el campo de la Bioquímica, le ha ganado esa impresionante sucesión de Doctorados *honoris causa* por muchas Universidades de Europa y de América, a la que viene a sumarse hoy el que acaba de serle conferido. Pero quizá más valor tiene todavía esa otra serie de antiguos discípulos y de colaboradores, que ocupan cátedras en tantas Facultades de Francia, y de otros países de cuatro continentes, y que son la más elocuente prueba de la eficacia de un profesor. A la vez que al Rector de la Sorbona, la joven Universidad de Navarra quiere honrar también a su hermano mayor, ese gran *Studium Generale* que desde hace muchos siglos es en París una antorcha encendida, que ilumina con su resplandor los dilatados horizontes de nuestra cultura occidental.

De la venerable Universidad de Coimbra, depositaria fiel de las más genuinas tradiciones académicas, procede otro de nuestros Doctores: su antiguo Rector y uno de los más eminentes maestros de su Claustro, el Profesor Guillermo Braga da Cruz. Historiador del Derecho lusitano y continuador de una brillante escuela científica, el Profesor Braga da Cruz ha puesto siempre con desinterés sus talentos de jurista al servicio de la comunidad. Al honrarle hoy, la Universidad de Navarra tiene muy presentes sus investigaciones en el campo de la Historia jurídica, pero no puede olvidar otros notables merecimientos: en el Profesor Braga da Cruz vemos igualmente al universitario ejemplar que ha sabido preocuparse noblemente por el bien superior de sus conciudadanos y servir con abnegación los grandes intereses de su pueblo, tan querido por nosotros, lo mismo al defenderlos ante el Tribunal Internacional de La Haya, que en la ardua empresa de elaboración del nuevo Código Civil portugués, a la que ha contribuido decisivamente con estudios históricos y doctrinales, rigurosos y profundos como todos los suyos.

Un maestro de la Ciencia Canónica, un ilustre Profesor y Decano de la preclara Universidad de Lovaina, se acaba de incorporar asimismo a nuestro Claustro de Doctores: Monseñor Guillermo Onclin. Todos conocéis su relevante personalidad, acreditada por las más importantes publicaciones científicas de las que es autor y por su docencia en las Facultades lovanienses de ambos derechos. No puede, por tanto, sorprender que el Profesor Onclin haya sido uno de los juristas que más eficazmente ha contribuido a los trabajos del Concilio Vaticano II. Su historial universitario y su valiosa cooperación en las tareas conciliares han recibido el más solemne reconocimiento con su designación como Secretario de la Comisión Pontificia para la reforma del Código de De-

recho Canónico, que está llamada a realizar una obra de histórica trascendencia en la renovada vida de la Iglesia de Cristo.

La Universidad tiene como su más alta misión el servicio a los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la Teología, ciencia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza.

Al evocar esta clara armonía del *arbor scientiae*, me resulta obligado, Señores, romper por un momento el hilo de mi discurso para expresar en este acto solemne toda mi gratitud al Excelentísimo Cabildo Catedral de Pamplona, por el acuerdo unánime de ceder los locales de las antiguas Cortes de Navarra para que pueda ser inmediata la apertura de los estudios en el Instituto Teológico de nuestra Universidad.

Cumplido este grato deber, volvamos nuestra mirada de nuevo al horizonte de la *Universitas scientiarum*, siempre dilatado más y más, para responder a las nuevas necesidades y exigencias de la realidad social.

Consciente de esta responsabilidad ineludible, la Universidad se abre ahora en todos los países a nuevos campos, hasta hace poco inéditos, incorpora a su acervo tradicional ciencias y enseñanzas profesionales de muy reciente origen y les imprime la coherencia y la dignidad intelectual, que son el signo perdurable del quehacer universitario. La Universidad de Navarra se ha esforzado siempre en dar respuesta positiva a tal imperativo de nuestro tiempo, y se honra hoy al acoger en su Claustro de Doctores a dos insignes maestros en estas modernas y actualísimas disciplinas, los Profesores Hower y Roegele.

El Profesor Ralph M. Hower es un destacado especialista en las Ciencias de la Empresa. Autor de libros y trabajos que le han valido renombre en todo el mundo, en sus estudios aflora siempre el interés por las relaciones humanas en el trabajo, en definitiva la preocupación por el hombre, factor primordial de las actividades económicas y sociales. Con el Profesor Hower y la Escuela de Administración de Empresas de la Universidad de Harvard, la Universidad de Navarra tiene además una deuda de gratitud, por la valiosa colaboración que han prestado a los Programas de nuestro Instituto de Estudios Superiores de la Empresa. Al honrar al Profesor Hower, rendimos también un homenaje a la gran Universidad de Harvard, de cuyo Claustro nuestro nuevo Doctor es miembro eminente y prestigioso.

Junto a las Ciencias de la Empresa, las de la Comunicación social, de tan decisiva influencia en el mundo contemporáneo, han conseguido merecidamente carta de ciudadanía universitaria. El Profesor Otto Bernard Roegele tiene una fuerte personalidad, como maestro y como profesional, en el campo de la Información pública. Dignísimo representante de la mejor tradición cultural centroeuropea, ejerce de modo directo el periodismo a la vez que desempeña su alto magisterio, como Profesor y Director del Instituto de Ciencia de la Información en la ilustre y fecunda Universidad de Munich. La Universidad de Navarra se siente profundamente complacida, al recibirle hoy en su Claustro de Doctores.

Y llega por fin el momento —para mí lleno de emoción—, de evocar la figura de don Carlos Jiménez Díaz, que habría de encontrarse ahora entre nosotros, si el Señor en su suprema Providencia no lo hubiera dispuesto de otro modo. Cuando el 18 de mayo pasado nos sorprendió dolorosamente el fallecimiento del Profesor Jiménez Díaz había sido ya aprobada la petición unánime elevada por el Claustro de la Universidad de Navarra, solicitando que le fuera concedido el doctorado *honoris causa*. Y en verdad, ¿quién no reconocerá al punto la patente magnitud de sus merecimientos? El Profesor Jiménez Díaz ha sido una figura egregia de la Medicina española, un investigador, un clínico incomparable. Fue el creador de una gran institución médica. Pero fue, sobre todo, un universitario que se consagró con generosidad sin límites a la formación de sus discípulos. Por eso su mejor obra, la señal cierta de la fecundidad de su vocación de maestro, es la Escuela médica que deja tras de sí, una Escuela cuyos miembros ya son a su vez maestros de numerosas Facultades y de la Clínica españolas.

La Universidad de Navarra debe mucho al Profesor Jiménez Díaz, y es para mí una gran alegría tener ocasión de reconocerlo una vez más. Desde el principio comprendió la trascendencia de esta empresa educativa y científica, y con su experiencia y con su aliento, cooperó eficazmente a hacerla realidad. Fue el primer Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, y hasta su muerte ha sido Presidente Honorario. El Doctorado *honoris causa*, que hoy se le confiere a título póstumo, y la lápida que honrará su memoria en la Facultad de Medicina, son el homenaje de admiración y de agradecimiento al científico ilustre, al hombre de bien, al amigo queridísimo.

Nada más ya, Excelentísimos Señores. Sirvan mis últimas palabras para expresaros nuestro sentido y cordial reconocimiento. Al recibirnos en su Claustro de Doctores, la Universidad de Navarra sabe bien en qué medida se enriquece, valora lo mucho que de vosotros recibe. El ejemplo

de vuestras vidas, el estímulo de vuestros altos méritos, le servirán ahora de acicate para tender con renovado esfuerzo hacia metas cada vez más ambiciosas, tras las huellas de la Eterna Sabiduría, con noble afán de servicio a la Cultura, al progreso de las Ciencias, al bien supremo —cristiano— de todos los hombres.